

caminos campestres se tornan en una calle continua. ¡Bravo!, por delante de huertas, de filas de casas, de quintas de recreo, de terrados, de plazas, de coches, de carros, de carretas, de obreros madrugadores, de vagabundos rezagados, de borrachos, de vendedores en ayunas; por delante de todas las formas de ladrillo y argamasa; por encima del empedrado atronador, donde es ya un problema conservar una postura airosa en la imperial; al través de vueltas y revueltas sin fin, por un laberinto inextricable de calles, hasta que se llega al vetusto patio de una posada, y Tomasito Pindch, aturdido y atontado, se encuentra en Londres (1).»

¡Todo esto para decir que Tomasito Pindch llega á Londres! Ese acceso de lirismo donde de las vulgaridades más triviales surgen las más poéticas locuras, bien así como flores enfermizas nacidas en un tiesto roto, nos ofrece, en sus naturales y extraños contrastes, todos los aspectos de la imaginación de Dickens. Se tendrá su retrato, figurándose un hombre que, con una cacerola en una mano y un látigo de mayoral en la otra, se pusiese á profetizar.

## II

El lector prevé ya las violentas emociones que va á producir una imaginación de ese género. La manera de concebir determina la manera de sentir. Cuando el

(1) *Martin Chuzzlewit*, t. II, pág. 155.

espíritu, poco atento, sigue los vagos contornos de una imagen esbozada, la alegría y el dolor pasan por él como rozándole imperceptiblemente. Cuando el espíritu, con una atención profunda, penetra en los pormenores minuciosos de una imagen precisa, la alegría y el dolor sacuden todo su ser. Dickens tiene esa atención y ve esos pormenores; por eso encuentra dondequiera motivos de exaltación. Nunca abandona el tono apasionado; nunca reposa en el estilo natural y en el relato sencillo; no hace más que burlarse ó llorar; no escribe más que sátiras y elegías. Tiene la sensibilidad febril de una mujer, que, ante el choque imprevisto del más ligero suceso, prorrumpe en una carcajada ó se deshace en llanto. Ese estilo vehemente posee extraordinario poder, y cabe atribuirle la mitad de la fama de Dickens. El común de los hombres no tiene más que emociones débiles. Trabajamos maquinalmente, y bostezamos mucho; las tres cuartas partes de los objetos nos dejan fríos; nos adormecemos en los hábitos, y concluimos por no reparar en las escenas domésticas, en los pormenores menudos, en los sucesos corrientes que constituyen el fondo de nuestra vida. De pronto viene un hombre que les presta interés; más aún: hace de ellos dramas, convirtiéndolos en objetos de admiración, de ternura y de espanto. Al amor de la lumbre ó dentro del ómnibus, nos encontramos temblando, con los ojos llenos de lágrimas, ó sacudidos por los accesos de una risa inextinguible. Nos hallamos transformados, como con una doble vida. Nuestra alma vejetaba, y ahora siente, ama, sufre. El contraste, la sucesión rápida, la multitud de los sentimientos aumentan todavía su alteración; durante doscientas páginas vamos arrastrados por un torrente de emociones nuevas, contrarias

y crecientes, que comunican al espíritu su violencia, que aquí le extravía, allí le hace caer, y le arroja á la orilla avasallado y rendido. Es una embriaguez, cuyo influjo sería demasiado fuerte para un alma delicada; pero conviene al público, y el público la ha justificado.

Tal sensibilidad difícilmente tiene más que dos salidas: la risa y las lágrimas. Hay otras, pero no se alcanzan más que por la alta elocuencia: son el camino de lo sublime, y ya se ha visto que para Dickens está cerrado. Sin embargo, no hay escritor que mejor sepa conmover y enternecer: hace llorar, literalmente; antes de haberle leído, no sospechaba uno que encerrase tanta piedad su propio corazón. La pena de una niña que anhela el cariño de su padre y á quien su padre no quiere, el amor desesperado y la muerte lenta de un pobre joven medio imbécil, todas esas pinturas de dolores secretos dejan una impresión imborrable. Las lágrimas que derrama son sinceras, y tienen por fuente única la compasión. Balzac, Jorge Sand y Stendhal han contado también las miserias humanas. ¿Es posible escribir sin contarlas? Pero no las buscan; las encuentran; no se proponen ponerlas de manifiesto; iban á otra parte y las tropezaron en su camino. Aman al arte más bien que á los hombres. No se complacen sino en ver jugar los resortes de las pasiones, en combinar grandes sistemas de acontecimientos, en construir caracteres vigorosos; no escriben por simpatía hacia los miseros, sino por amor á lo bello. Cuando concludis la lectura de *Mauprat*, vuestro sentimiento no es la pura simpatía; experimentáis juntamente una admiración profunda por la grandeza y la generosidad del amor. Cuando acabáis el *Papá Goriot*, tenéis el corazón desgarrado por las torturas de aquella ago-

nia; pero la invención asombrosa, la acumulación de los hechos, la abundancia de las ideas generales, el vigor del análisis, os transportan al mundo de la ciencia, y vuestra dolorosa simpatía se calma ante el espectáculo de aquella fisiología del corazón. Dickens no calma jamás la nuestra; escoge los asuntos donde impera por sí sola y más que en ninguna otra parte: la larga opresión de los niños tiranizados y martirizados de hambre por su maestro de escuela; la vida del obrero Esteban, robado y deshonrado por su mujer, rechazado por sus compañeros, acusado de robo, agonizando seis días en el fondo de un pozo donde ha caído, herido, devorado por la fiebre, y muriendo cuando á la postre le encuentran. Allí está Raquel, su única amiga; y su extravío, sus gritos, el torbellino de desesperación en que Dickens envuelve á sus personajes, han preparado la dolorosa pintura de esa muerte resignada. El cubo sube un cuerpo que apenas tiene ya forma, y se ve el semblante pálido, extenuado, paciente, vuelto hacia el cielo, mientras la mano derecha, rota y colgando, parece pedir que otra mano vaya á sostenerla. Sonríe y dice débilmente: «¡Raquel!» Raquel se inclina hasta poner sus ojos entre los del herido y el cielo, porque él no puede volver los suyos para mirarla. Entonces, en palabras entrecortadas, le refiere su larga agonía. Desde que nació no ha experimentado más que miserias é injusticias. Es la regla: los débiles sufren, y están hechos para sufrir. Aquel pozo donde ha caído, ha matado centenares de hombres—padres, maridos, hijos, que sustentaban centenares de familias.—Los mineros han rogado y suplicado á los hombres del Parlamento, por amor de Cristo, que no permitieran que su trabajo fuese su muerte, y que mirasen por ellos en conside-

ración á sus mujeres y á sus hijos, á quienes aman tanto como los *señores* á los suyos. Todo ello inútilmente. Cuando el pozo funcionaba, mataba sin necesidad; abandonado, mata aún. Esteban dice eso sin cólera, dulce y sencillamente, como la verdad. Tiene delante á su calumniador, y no se indigna, no acusa á nadie; se limita á encargar al padre que desmienta la calumnia, después de muerto él. Su corazón está allá arriba, en el cielo, donde ha visto brillar una estrella. En medio de sus torturas, sobre su lecho de piedras, la ha contemplado, y la tierna y conmovedora mirada de la divina estrella calmó con su mística serenidad la angustia de su espíritu y de su cuerpo. «He visto más claro (dice), y mi último deseo es que los hombres puedan acercarse los unos á los otros un poco más que cuando yo, pobre de mí, estaba entre ellos.» Le levantaron, y tuvo una alegría al ver que le llevaban hacia la parte donde la estrella parecía conducirlos. Le transportaron con suma delicadeza por los campos y á lo largo de los senderos, al través de la dilatada campiña, llevando siempre Raquel su mano entre las suyas. Fué á poco un fúnebre cortejo. La estrella le había mostrado el camino que lleva al Dios de los pobres; y su humildad, sus miserias, su olvido de las injurias, le habían conducido al reposo de su redentor (1).

Ese mismo escritor es el más gracioso, el más cómico y el más burlón de todos los escritores ingleses. ¡Singular alegría, por supuesto! La única que puede avenirse con esa sensibilidad apasionada. Hay una risa próxima á las lágrimas. La sátira es hermana de la elegía; si la una aboga por los oprimidos, la otra

(1) *Tiempos difíciles*, pág. 345.

combate contra los opresores. Herido por los desafueros y los vicios, Dickens se venga con el ridículo. No los pinta, los castiga. Nada más tremendo que aquellos largos capítulos de ironía sostenida en que el sarcasmo se clava á cada línea, más sangriento y penetrante cada vez, en el corazón del adversario elegido. Hay cinco ó seis contra los americanos, contra sus periódicos vendidos, contra sus periodistas borrachos, contra sus especuladores charlatanes, contra sus mujeres autores, contra su grosería, su familiaridad, su insolencia y su brutalidad, capaces de regocijarse á un absolutista y de justificar á aquel liberal que, de vuelta de Nueva York, abrazó, con las lágrimas en los ojos, al primer gendarme que topó en el puerto del Havre. Fundaciones de sociedades industriales, conferencias de un diputado con sus comitentes, instrucciones de un diputado á su secretario, ostentación de las grandes casas de banca, inauguración de un edificio, todas las ceremonias y todas las mentiras de la sociedad inglesa, aparecen grabadas con el donaire y la amargura de Hogarth. Hay pasajes en que lo cómico es tan violento, que tiene todas las apariencias de una venganza; por ejemplo, el retrato de Jonás Chuzzlewit.—La primera palabra que deletreó ese excelente joven fué «lucro»; la segunda «dinero». Esa soberbia educación tuvo dos inconvenientes: el uno fué que, acostumbrado por su padre á engañar á los demás, adquirió insensiblemente la afición á embaucar á su padre; el otro que, inducido á considerarlo todo como una cuestión de dinero, acabó por mirar á su padre como una especie de propiedad, que estaría muy bien colocada en la caja llamada ataúd. «Ya ronca mi padre—dijo Jonás.—Pecksniff, haga V. el favor de pisarle el pie. El de al lado de V. es el de la gota.» Con

esa atención entra en escena; juzgad de lo demás.— Dickens es triste en el fondo, como Hogarth; pero, como Hogarth, hace reír á carcajadas por lo burlesco de sus invenciones y la exageración de sus caricaturas. Extrema hasta lo absurdo, con una rara intrepidez, la pintura de sus personajes. Su Pecksniff inventa frases morales y acciones sentimentales tan grotescas, que resulta extravagante. Jamás se oyeron tales monstruosidades oratorias. Ya Sheridan pintó un hipócrita inglés, José Surface; pero este último se diferencia de Pecksniff tanto como un retrato del siglo XVIII de un grabado del *Punch*. La hipocresía que describe Dickens es tan disforme y tan enorme, que su hipócrita deja de parecer una persona, y se tomaría por una de esas figuras de fantasía con la nariz más grande que el cuerpo. Tal exageración de lo cómico dimana de la violencia de la imaginación. Dickens emplea por doquiera el mismo resorte. Para hacer ver mejor el objeto que enseña, se le mete al lector por los ojos; pero el lector se embelesa con aquella inventiva desordenada; el fuego de la composición le hace olvidar que la escena es inverosímil, y ríe á mandíbula batiendo al oír al dueño de una empresa funeraria, á Mr. Mould, enumerar los consuelos que la piedad filial, bien forrada de dinero, puede encontrar en su almacén. ¿Qué dolor no mitigarían los coches de cuatro caballos, los tapices de terciopelo, los cocheros con capotes de paño y botas de campana, las plumas de avestruz teñidas de negro y los acólitos á pie, muy uniformados y empuñando sus bastones con guarnición de cobre? ¡Oh! ¡no digamos que el oro es cieno vil, cuando puede comprar cosas como esas! «¡Cuántas bendiciones—exclama Mr. Mould—cuántas bendiciones he derramado sobre la humanidad, gracias á mis cuatro

caballos de larga cola, que no enjaezo yo nunca por menos de diez libras y diez chelines (1)!»

Por lo común, Dickens se mantiene serio al trazar sus caricaturas. El genio inglés consiste en decir chistes disparatados en estilo solemne. El tono y las ideas forman entonces contraste; todo contraste produce impresiones enérgicas. Dickens se complace en producir las, y su público en experimentarlas.

Si á veces se olvida de fustigar al prójimo, si trata de divertirse, si juguetea, no por eso es más feliz. El fondo del carácter inglés es la falta de felicidad. La ardiente y tenaz imaginación de Dickens se aferra con demasiada energía á las cosas para deslizarse ligera y alegremente sobre su superficie. Hace hincapié, penetra, hunde, cava; todas esas acciones violentas son esfuerzos, y todos los esfuerzos son sufrimientos. Para ser feliz, hay que ser ligero como un francés del siglo XVIII, ó sensual como un italiano del siglo XVI; es menester no preocuparse de las cosas ó gozar de ellas. Dickens se preocupa y no goza. Suponed un ligero incidente cómico de los que ocurren á lo mejor en la calle, una ráfaga de viento que levanta la ropa de un mozo de carga. Scaramuccio hará un gesto de buen humor; Lesage sonreirá como hombre regocijado; los dos pasarán adelante, sin volver á pensar en tal cosa. Dickens piensa en ello durante media página. Ve tan bien todos los efectos del viento, se pone en su lugar tan completamente, le atribuye una voluntad tan vehemente y tan precisa, da vueltas y más vueltas con tanta fuerza y durante tanto tiempo á la ropa del pobre hombre, transforma la ráfaga de viento en una tempestad y en una persecución tan grandes, que se

(1) *Martin Chuzzlewit*, pág. 349.

siente uno acometido de vértigo, y, riendo y todo, experimenta demasiada compasión para reír de buena gana.

«El sitio en que Tobias Veck se apostaba en invierno, era un sitio ventilado que amorataba las narices, que enrojecía los ojos, que ponía carne de gallina, que helaba los dedos de los pies, que hacía dar diente con diente; y Tobias Veck lo sabía de sobra. El viento llegaba arremolinado á la esquina, —principalmente el viento del Este,—como si hubiese partido de los confines del mundo para caer sobre Tobias. Y cualquiera hubiese creído á menudo que caía sobre él antes de lo que había pensado, porque, después de volver la esquina de un brinco, dejando atrás á Tobias, tornaba de repente girando, como si gritase: «¡Calla! ¡si está ahí!» Al punto se empingorotaba el delantal por encima de la cabeza, como la vestimenta de un chiquillo travieso, y se veía luchar y agitarse inútilmente en su mano el débil bastoncillo; las piernas experimentaban tremendas sacudidas, y el propio Tobias, hecho un arco, defendiéndose tan pronto por un lado como por otro, se veía tan azotado y golpeado, y molido, y sacudido, y zarandeado, y atropellado, y levantado del suelo, que era casi un milagro que no volase en carne y hueso por los aires, como ocurre á veces con una colonia de ranas ó de babosas ú otras criaturas portátiles, para caer después como llovido, con gran asombro de los indigenas, en algún rincón apartado del mundo donde fuesen desconocidos los mozos de cuerda (1).»

El que ahora quiera abrazar de una ojeada esa imaginación tan lúcida, tan impetuosa, tan porfiadamente

(1) *Repiques*, pág. 7.

fija en el objeto que escoge, tan profundamente afectada por las cosas pequeñas, tan exclusivamente apegada á los pormenores y á los sentimientos de la vida vulgar, tan fecunda en emociones incesantes, tan potente para despertar la compasión dolorosa, la burla sarcástica y la alegría nerviosa, no tiene más que figurarse una calle de Londres en una lluviosa noche de invierno. La luz llameante del gas quema los ojos, brota al través de los cristales de las tiendas, cae sobre las caras que pasan, y aquella claridad cruda, hundiéndose en las facciones contraídas, pone de relieve, con infinitos detalles y una energía que hierre, sus arrugas, sus deformidades, su atormentada expresión. Si entre aquella muchedumbre apiñada y enlodada, descubris el fresco semblante de una joven, aquella luz artificial le recarga de tonos violentos y falsos, haciendo que se destaque sobre la sombra lluviosa y fría con una aureola extraña. El espíritu se sobrecoge de asombro, pero el espectador se lleva la mano á los ojos para tapárselos; y, sin dejar de admirar la fuerza de esa luz, piensa involuntariamente en el verdadero sol del campo y en la serena belleza del día.

## § 2.—EL PÚBLICO

Plantad ese talento en tierra inglesa; la opinión literaria del país dirigirá su crecimiento y explicará sus frutos. Porque esa opinión pública es su opinión privada; no la sufre como una imposición exterior, la siente en sí como una convicción íntima; no le ata, sino que, antes bien, le desenvuelve, y no hace más que repetirle alto lo que se dice por lo bajo.